

El Garfio tomó de nuevo la lamparilla y llevó hasta la puerta de la calle á Jusepillo.

Al salir de la plazuela se le ocurrió que no sabia andar por la villa, y se volvió para llamar á la puerta del verdugo y pedir quien le guiase al meson del Santo Cristo, donde posaba Zancudo.

Pero al volverse sintió que un bulto se le echaba encima, y no tuvo tiempo mas que para dar un salto de costado y tirar de la espada, cayendo rápidamente sobre aquel bulto, que dió otro salto atrás.

—No huyas, dijo Jusepillo, porque yo corro como un caballo, te alcanzo y te mato.

—Perdonad, pero tengo celos, dijo el sepulturero, que él era.

—¿Y quién eres tú para tenerlos? echa delante y guíame á la hospedería del Cristo.

—¿No me herireis por la espalda? dijo temblando el Zampo.

—¿Y para qué he de herirte yo, sabandija, para que se me manchase la espada con tu mala sangre? anda, anda, y guia.

El Zampo echó á andar de prisa, y en pocos minutos, porque la villa era pequeña, llevó á Jusepillo al meson del Cristo, que cuando le vió le reconoció; y antes de entrar, porque no se fuese impúne del atrevimiento de haberle acometido el Zampo, le dió dos cintarazos.

El sepulturero escapó á la carrera, dando alaridos, y Jusepillo llamó al meson.

Le abrieron y entró.

## CAPITULO VI.

### LO QUE ERA MAESE JOSÍAS.

#### I.

Habia en la calle Real de Martos, cerca de la plaza, una tienda de platero.

En esta tienda vivia maese Josías, una especie de lechuza humana, vieja y ruin, embutida en un balandran viejo y grasiento, y cubierta por un gorro amarillo cónico de lana ordinaria, distintivo de su raza.

Cuando se entraba en la tienda no se veia otra cosa que una mesa vieja, junto á la cual estaba siempre sentado maese Josías.

El mostrador de esta tienda daba á la misma calle, como se ve aún en Toledo, en Segovia y en el Albaicin de Granada.

Por un lado del mostrador estaba la estrecha puerta.

Al fondo de la tienda habia otra pequeña puerta, pero forrada de hierro y asegurada por dos gruesos candados.

Las paredes estaban desnudas, blanqueadas por todo lujo con cal de Moron.

El techo era de bovedilla, y el suelo estaba cubierto con una estera de palma.

La puerta de la tienda no se abria nunca sino para las personas de alto coturno y de gran confianza.

Las demás no pasaban del mostrador, esto es, se quedaban en la calle.

## II.

A pesar de que nadie sino personas de confianza entraban en la tienda de maese Josías, quien entrando hubiera reparado bien, hubiera visto que el viejo sillón y la vieja mesa de roble estaban sujetos cada cual al suelo por una cadena.

Las tablas asimismo con que se cerraba la tienda estaban en un rincón, contenidas por otra cadena.

Las llaves de los dos candados de la puerta que comunicaba con lo interior, y algunas otras mas pequeñas, pendian de la cintura de maese Josías.

No queria este que le robasen.

Si un ladrón ó dos ladrones ó aunque hubieran sido tres hubieran saltado el mostrador, hubieran sorprendido á maese Josías y le hubieran quitado las llaves, el robo se hubiera reducido á muy poca cosa, es decir, á alguna plata menuda labrada en objetos, tales como patenas, cadenas, *Agnus dei*, rosarios y otras baratijas que estaban en los cajones del mostrador para el despacho de la gente comun, porque aunque hubieran abierto los candados de la segunda puerta, como esta estaba fuertemente afianzada por la parte interior, y á no llamar el judío no la hubiera abierto la esclava que la guardaba, nada hubieran conseguido los ladrones.

## III.

Cuando llegaba alguna persona de algun respeto, por ejemplo, un hijo-dalgo de gotera, maese Josías levantaba la trampilla de su mostrador, le invitaba á que pasase, le ofrecia su sillón y se quedaba de pié.

Si eran dos ó mas, como no habia mas asiento que uno no se sentaban, á no ser personas de cofianza, que tomaban por asiento la mesa y el mostrador, cosa que quemaba grandemente la sangre á maese Josías.

Pero en las casas de venta y despacho hay que sufrir á los impertinentes.

Maestre Josías en estos casos, sin incomodarse y sin dar á entender que se impacientaba, abreviaba de palabras, les daba lo que querian, que generalmente eran patenas para sus novias con imágenes de San Miguel ó de San Jorge, para que cualquiera de estos dos caballeros, celeste el uno, santo el otro, las defendiese del demonio.

Les cobraba los maravedises, y siempre tenia algun recurso ingenioso para libertarse de ellos sin irritarlos.

Cuando la persona que llegaba á su tienda era dama noble y rica ó caballero de gran respeto, entonces maese Josías abria, no sabemos con cuánta prontitud, la trampilla, se quedaba á su lado, hacia una multitud de genuflexiones, se iba á la puerta forrada de hierro, abria los candados, daba tres fuertes golpes con un llamador adherido á la puerta, se oia por dentro el crujir de barras, cadenas y cerrojos, la puerta se abria, y salia una especie de mico jorobado, estrecho, pálido, vestido exactamente como los judíos, y que se quedaba regentando la tienda, mientras maese Josías penetraba en el interior con el parroquiano ó parroquiana de alto coturno.

En cuanto pasaban estos y el judío, una joven hermosísima, como de diez y ocho años, humildemente vestida á la usanza

hebrea, pero con limpieza y elegancia, cerraba la puerta y desaparecia, perdiéndose en el interior.

Muchos de los caballeros que iban de tiempo en tiempo á ver al judío y á comprarle alguna alhaja, ya habitantes de la villa de Martos, donde habia mucha nobleza, ya de otras villas y castillos circunvecinos, no iban por otra cosa que por ver momentáneamente la grande hermosura de Nata, que era famosa en la comarca.

A maese Josías le importaba muy poco esto, porque realmente no tenia para otra cosa en su casa á esta pobre huérfana, hija de unos miserables que murieron ajusticiados por sus malos hechos, por sus prácticas supersticiosas y por sus ultrajes al Santísimo Sacramento y á las imágenes de los santos.

Lo que podia llamarse la trastienda, era ya elegante.

La rodeaba una anaquelera de roble tallado de muy buena labor gótico-bizantina con rejillas de alambres dorados formando caprichosas labores en sus puertas, á través de las cuales rejillas se veian alhajas de inestimable valor fabricadas en Córdoba, en Granada y aun en Damasco, donde residian los mejores joyeros del mundo.

Cubria una alfombra el suelo; una bella mesa incrustada de nácar, marfil, cobre y plata aparecia en el centro, y á su alrededor habia sillones rehenchidos y cubiertos de terciopelo ó bello-rí, como se decia entonces, para que descansasen cómodamente los altos parroquianos, los cuales no salian de allí sin que maese Josías les diese un buen picotazo en la bolsa, tentándoles el capricho con alguna preciosidad de valor.

## IV.

Y no eran joyas solamente lo que vendia el viejo hebreo.

Tenia tambien amuletos y talismanes mágicos, á ignorancia por supuesto del señor obispo de Jaen, que no hubiera consentido tales ventas en su diócesis, así como tampoco la de ciertos

untos, pomadas y bebedizos de efecto mágico, cosas que constituian el contrabando, por decirlo así, de la tienda de maese Josías.

Entonces habia, si no visitadores como ahora que visitasen, decomisasen y multasen, veedores que revolvian una casa de venta de alto á bajo, y se llevaban preso por lo mas mínimo al industrial jefe de la casa donde encontraban un fraude.

Pero estos veedores se volvian ciegos en cuanto se les metia una moneda de oro en la mano.

Creemos que ahora no sucederá lo mismo.

## V.

En fin, maese Josías se buscaba la vida, que para él era el oro, por cuantos medios son imaginables, y no solamente como joyero y droguero, sino tambien como médico, hechicero y astrólogo; curaba el mal de amor, unia voluntades, levantaba figuras, esplicaba el horóscopo: era, en fin, un ómnibus; lo que quiere decir que se dedicaba á ganar dinero de todos los modos imaginables.

## VI.

Al oscurecer del dia anterior á la noche en que marcha nuestro relato, cuando estaba metiendo en sus correderas las gruesas tablas que cerraban su tienda, maese Josías, se le presentó un hombre gigantesco con birrete rojo con toca, muceta azul, sayo rojo, calzas de grana, borceguíes de gamuza con espuela dorada, ancho montante, y cuchillo y limosnera al cinto.

Para ahorrarnos de descripcion, diremos que este hombre agigantado era don Ayesa-ben-Tayde.

—¿Cómo vos por aquí, amigo mio? dijo maese Josías disi-

mulando su disgusto, porque previó que tenía encima huésped: ¿de dónde venís?

—Lo que importa es que yo éntre y que cerreis, dijo Ben-Tayde; porque vengo de oculto.

Alzó la trampilla maese Josías, y dejó á medio cerrar la tienda.

Desde afuera nada podia verse en lo interior, porque como oscurecia, el fondo de la tienda estaba tenebroso.

—Vengo de Kalab-Raab<sup>1</sup>, donde está con sus servidores y con su hueste mi señor el infante don Juan, y me envia á vos vuestro hermano don Jonás; pero lo que tengo que deciros no es para dicho en la tienda, sino mas adentro; con que acabad de cerrar, y entremos.

—¡Oh, y cuánto me alegro de teneros en casa! dijo maese Josías, que sentia todo al contrario de lo que decia.

Y acabó de cerrar la tienda, con lo cual judío y moro se quedaron completamente á oscuras.

<sup>1</sup> Por corrupcion y hasta nuestros dias Calatrava.

## CAPITULO VII.

### UN PACTO DE SANGRE Y LODO.

#### I.

Adelantó á tientas hácia la puerta interior, el judío abrió los candados, llamó, y poco despues se oyeron las barras, las cadenas y los cerrojos, se abrió la puerta, y con una lámpara de hierro encendida en la mano apareció la hermosísima Nata, acompañada como por un gato garduño de Jael, que era el jorobadillo enteco y maligno que regentaba la tienda mientras que maese Josías por cualquiera causa penetraba en el interior.

—¡Por el Profeta y por su hermosa madre Fatima la Santa! dijo Ben-Tayde mirando intensamente á Nata: ¿qué has hecho tú con esta doncella que la has puesto tan hermosa que parece una hurí del paraíso?

Nata bajó los ojos, y su bellissimo semblante se tiñó de un vivo color.

—Lo que ves, dijo maese Josías, lo ha hecho la próvida